

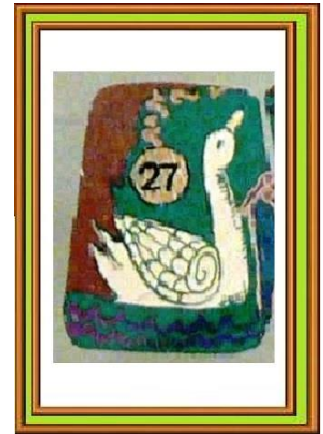
Transgresiones de la sensibilidad

Germán Mancuerna, el propietario

[1]



de la tienda de ultramarino... ¡Pero, coño, ¿por qué tiene este pequeño hijoputa que tocarme los grifos?! ¿Alguien sabe el gasto que eso supone corriendo cerca, como él dice, de toda una semana?



Y que la chatarrera me perdone, que contra ella no tengo nada, y que si no es propiamente una santa — aunque cerca le anda, que Dios sabe con qué paciencia y qué agrado, sin nunca una mala cara, cuidó hasta el último día a su suegra o, bueno, la madre dicho con propiedad de la querida, cuando se fueron ella, y Albertito y sus hermanos, a vivir con ellos cuando la hija se largó con un traficante y, la mujer, enferma, y para que los mocosos vivieran por lo menos con su padre y, ella, la chatarrera, como no podía tener hijos, pues... — el marido muy bien merecido que tuvo que le pusiera los cuernos.

Y que nadie me diga “cállate Nicolás”, que si uno hablara...